

Pablo del Águila

REMEDIOS SÁNCHEZ

Y el bolígrafo al lado, para anotar con la letra desvaída, una vida entre papeles, quizás un pensamiento, la flor grandiosa del recuerdo, el valor de la amistad o el dolor templado de la muerte



Me cuentan que Pablo tenía la risa fresca, como de fuente que surte de alegría una ciudad entera, un caminar sereno de fino observador y la bondad traspasando su mirada aguamarina. Y me dicen, también, que Pablo cantaba. Cantaba bastante con voces de Atahualpa Yupanqui o Joan Báez en sus labios rotundos, el sentido de una vida palpitante.

Cuando Granada era una ciudad cargada de esperanza, Pablo, Pablito, paseaba sus calles con la bufanda roja abrazada al viento buscando el horizonte del futuro que debía estar, seguramente, a medio camino entre Puentezuelas y la bohemia de Montmartre, hallándolo en cada bocanada del cigarro, reflexionando sobre la vida y construyéndose un puerto seguro donde cobijar tanta creatividad incesante, el talento desbordado como un río. Y ahí, claro, es donde guardaba su poesía.

Por eso es tan importante el trabajo espléndido de análisis y reconstrucción que ha hecho Jairo García Jaramillo, recuperando para los lectores su 'Poesía reunida' (Bartleby) y mostrando al poeta grande, al joven reflexivo, al dueño de la historia de un tiempo que acaso fue feliz y ya es lejano. Filosofía y silencio, entrelazando las manos junto a un café en las madrugadas de invierno. Y el bolígrafo al lado, para anotar con la letra desvaída, una vida entre papeles, quizás un pensamiento, la flor grandiosa del recuerdo, el valor de la amistad o el dolor templado de la muerte. Será que, posiblemente, la risa y el llanto siempre acaban por confluir en un punto de encuentro para darse las buenas noches. Pero necesario es decir que Pablo reía; se reía a cada instante, sabiendo, en su complejidad de hom-

bre culto, devorador de momentos fulgurantes, que la risa libera, que es vida compartida, la complicidad del instante eternizado. Su casa, que era la casa de Laly y de Juan Pedro, la casa de Juan de Loxa, la casa de Carmelo y Claudio Sánchez Muros, la de Emilio de Santiago y la de tanta gente inmensamente valiosa, era el hogar donde la sorpresa se vestía de fantasía y volaba como un pájaro grácil aleteando, alegre, entre las ramas abrazadas de lo artístico.

Luego venía la universidad, aquellas clases en las que disfrutaba con una madurez que no da el tiempo porque, lo suyo, el modo de ser/crear de Pablo, era innato, inaprehensible, libertad por bandera como aquel fular blanco purísimo de seda que le regaló Laly, su hermana cómplice, para ir a los conciertos de verano.

Y me cuentan igualmente, que Pablo regalaba libros con la misma facilidad con la que hacía un amigo. Muchos en Granada leyeron a Vallejo, a Neruda, al Lorca prohibidísimo (porque, para Pablo, nada había prohibido), a Unamuno, a Cernuda o a Borges, influenciados por su entusiasmo incesante y su mirada clara. Llevaba siempre en las manos obras mágicas, distintas, con orden y concierto. Tan heterogéneas y tan irrepetibles como su personalidad. Pero un día, repentinamente, Pablo se fue; tal vez buscando aquellas altas rocas innombrables desde las que, acaso, pudiera verse el mar, no sé bien. Lo que sí sé es que no se nos ha muerto. Porque la Literatura es la única verdad que nos queda, resulta imprescindible leer este libro. Y, querida Laly, hermana de la luz, tú sabes que Pablo te dejó escondida esa verdad en aquel poema: yo seguiré mi eterno caminar/ a través de estos versos.